

Presentación del libro: Néstor Murray Irizarry, *Rafael Ríos Rey y los símbolos de Puerto Rico*. Puerto Rico, Casa Paoli, 2007. En Ponce, Museo de Arte de Ponce, 30 de agosto de 2007.

José J. Rodríguez Vázquez
Programa de Estudios Iberoamericanos
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

A Pepe Juan Rodríguez Bonhomme y a Wilfredo Maldonado Herdia, por el amor callado que me han legado.

El presentador de un libro es siempre el usurpador de un tiempo y un espacio que pertenece a otro: a su autor. De aquí que si he aceptado gustosamente el performance de presentar el trabajo reciente del amigo Néstor Murray Irizarry, *Rafael Ríos Rey y los símbolos de Puerto Rico*, ha sido porque él me lo ha solicitado y es una obligación responder a su generosidad. Es decir, que me he apropiado de su tiempo y espacio con su autorización.

Pero existe una razón adicional para que este aquí en esta noche con ustedes y es bastante sencilla: no podía perder la oportunidad de dialogar con un trabajo relacionado con un campo en el que me confieso neófito: la pintura, particularmente la realizada por Rafael Ríos Rey. Desde que tuve la oportunidad de compartir con Néstor, en su presentación del documental sobre la obra de este importante muralista puertorriqueño en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, inicié un viaje de estudio en una de esas asignaturas pendientes que más me seducen y que pienso continuar en el futuro próximo. En síntesis, estimado público que se encuentra aquí reunido para escuchar y celebrar la objetivación del esfuerzo intelectual de Néstor, han sido dos buenas razones las que me han traído hasta aquí: la amistad y el interés educativo.

El trabajo investigativo que Néstor Murray Irizarry ha realizado de la obra de Ríos Rey no está comenzando, sino prolongándose hasta este nuevo escrito. Ya en el

2001 sale publicada en esta ciudad de Ponce, bajo el auspicio de la Sociedad de Amigos de Rafael Ríos Rey, su obra, *Rafael Ríos Rey: Ensayo de ensayo*, y, más recientemente, en el 2005, ha sido publicado el trabajo que, junto a un conjunto de investigadores, tituló, *Rafael Río Rey y el muralismo en Puerto Rico*. Ahora, en su nuevo libro, nuestro autor intenta establecer la formación cultural del pintor relacionándola, por un lado, con su contexto histórico-social y, por otro lado, con un grupo de políticos e intelectuales que fueron significativos para el país y ayudaron a forjar el discurso latente en el contenido manifiesto de su pintura. Permítanme citar, para que mi voz no sea más que extensión de la suya:

“Este trabajo pretende comentar y analizar el desarrollo del Estado Libre Asociado (ELA) y la “identidad” puertorriqueña desde la perspectiva de la nación imaginada en el arte gráfico durante la primera mitad del siglo XX. Además, intenta explicar el “discurso artístico”, que forma parte del contexto social en el que vivió el artista Rafael Ríos Rey –el muralista más importante que ha tenido la isla-, así como las coincidencias de su discurso plástico con el literario, político e ideológico de sus contertulios.” (p. 9)

Para cumplir con sus propósitos, nuestro autor se lanza a un ambicioso proyecto de reflexión y síntesis de la historia de Puerto Rico, sobre todo a partir de la invasión norteamericana de 1898. Esta implícito en su análisis que se trata de presentar el contexto que, más que determinar condiciona, la vida y la capacidad creativa de un artista y el papel activo de éste en la creación de su contexto y, sobre todo, en su significación. En otras palabras, a Néstor le interesa decir; esta es la sociedad, -una realidad dinámica poblada de antagonismos y transformaciones económicas, políticas y sociales-, que le tocó vivir a Ríos Rey y que ayudó a edificar y definir.

En el plano económico, destaca Néstor, a Ríos Rey le toco vivir en una sociedad que conoció, en las primeras tres décadas del siglo XX, el desarrollo y la consolidación

de un capitalismo agro-exportador, dominado por la producción azucarera, el mercado externo y el capital extranjero. El aburguesamiento de sectores de las clases propietarias criollas se dio como formación de una burguesía antinacional dependiente de los nexos coloniales con la nueva metrópoli norteamericana. La dinámica económica del cañaveral industrializado dividió la geografía –la costa y la montaña-; dividió los productos y su simbolismo con la identidad –la caña extranjera y el café como aroma del alma-; dividió a las clases propietarias –hacendados en proceso de debilitamiento y burguesía sin proyecto nacional- y dividió socialmente el país -minoría de ricos rodeados por una masa humana abandonada en el pantano execrable de la miseria. Era la época en que las dos voces principales de la lucha política, que se estaban forjando en el país, coincidían en diagnosticar, cada uno a su manera, como: “el paso del país de propietarios a la masa de peones y mendigos” (Pedro Albizu Campos) o “el país de las estadísticas halagüeñas y las realidades alarmantes” (Luis Muñoz Marín).

Completando esa base económica se fue tejiendo un combate político que fue más época de caudillismos y de ambivalencias. Luego de dos años de gobierno militar, la Ley Foraker de 1900 le bastó a las elites políticas y letradas del país para descubrir que sus relaciones con el “otro imperial” no serían idílicas y quedaba sobre el tapete, la negociación sobre las formas más idóneas de compartir el poder con el Estado metropolitano o, incluso más allá y esencial para algunos, “la suprema definición de decidir entre ser yanquis o ser puertorriqueños”. (Albizu) La anexión, la autonomía y la independencia se debatían como posibles soluciones para superar el orden colonial y eran las dos primeras las que más pesaban en la balanza de las luchas político-partidistas

porque sumaban a su favor, combinando a clases sociales distintas, el interés, con el gusto y el miedo.

Pero la dinámica del capitalismo agro-exportador dependiente y el colonialismo obligaron a nuestras élites políticas y letradas a pensar sobre su pasado, presente y futuro. Es desde este contexto histórico-social que comienza a tejerse la inquietud nacional, una inquietud que no optaba todavía por una sola o exclusiva salida política pero que se agitaba como discurso de resistencia del débil y rostro a definir en el espejo del imaginario. Es decir, más allá de las diferencias político partidistas y de las opciones de estatus, la identidad puertorriqueña se afirmó como una realidad incuestionable.

La identidad fue un campo de combate y eso en un doble sentido: lucha entre los que afirmaban la nacionalidad y los que la negaban y, por otro lado, lucha entre los que coincidían en afirmar la identidad pero la definían de manera distinta: unos, como cuerpo sin su plena maduración política y espiritual, otros como un alma ya madura lista para asumir su misión histórica. La identidad era también, en estas décadas, el rostro que sólo podían reconocer las elites intelectuales y políticas. Estas se visualizaron a si mismas como expresión y conciencia del alma nacional, pero contrario a los discursos identitarios del siglo XIX y sus reminiscencias discursivas y políticas, era el momento de definir lo nacional reconociendo a ese “otro interior popular” como parte del alma, como un objeto a redimir y un sujeto a construir. Si el discurso letrado puertorriqueño de finales del siglo XIX y comienzos del XX se había dedicado más a hablar “sobre los otros”, ahora era el momento de comenzar a hablar “por los otros”. Las elites políticas y cultas criollas, como en toda la América Latina de esa época, vivieron “la irrupción de las masas a la vida pública” (Ortega), y si bien algunos las sintieron como una amenaza, la mayoría decidió

asumir su representación como compromiso y solidaridad. Era el tiempo moderno de hablar por los abandonados y colocar la mirada sobre las ruinas que dejaba a su paso el Ángel del Progreso del que hablaba Walter Benjamín, el tiempo en que a un poeta se le podía ocurrir el definirse como “el panfletista de Dios” y aspirar a ir “con la turba de hombres hambrientos hacia la Gran Aurora” (Muñoz); el tiempo de una aspiración compartida por la intelectualidad caribeña progresista que cantaba a coro, con el martiniqués Aime Césaire, “Mi boca será la boca de las desdichas que no tienen boca. Mi voz, la libertad de aquellas que se desploman en el calabozo de la desesperación”. La mirada a la belleza de la ruralía sin cañas, la idealización de las formas de vida de la hacienda como lugar de encuentros y armonías del hombre con la naturaleza y de los hombres entre sí, el reconocimiento de las luchas y resistencias del jíbaro y la solidaridad compasiva con situación, encontraron en Luis Lloréns Torres y Mariano Abril a dos de sus principales exponentes.

La década del treinta fue confirmación del diagnóstico que habían tejido los críticos del orden colonial. La danza de los millones que celebraban los propietarios de la tierra y la riqueza se desplomó como fila de dominó ante los vientos del huracán. La gran depresión y dos monstruos caribeños, San Felipe y San Ciriaco, acabaron con la música y los adornos del orden colonial. Era el momento de reorganizar el bloque histórico de poder, redefinir los partidos políticos y sus tareas, pensar y poner en acción un plan de reconstrucción económico material del país y para eso, como un acompañante indispensable, era necesario reafirmar la identidad y resaltar sus rasgos positivos. Era, aunque parezca paradójico, época de crisis que se enfrentó con voluntad y optimismo.

Rafael Ríos Rey, nos dice Néstor, es hijo de esta época y condensó sus aspiraciones. Como parte de esa elite culta que dominaba la palabra, la acción política y la cultura, afirmó la nacionalidad puertorriqueña, le hizo un lugar en ella a las masas populares y destacó como cualidades esenciales del alma: el trabajo, la alegría y la belleza de la tierra y la mujer. Como parte también de esa tendencia progresista se sumó con optimismo a la propuesta de un proyecto de modernización que comenzó con el llamado Plan Chardón y culminó con la conocida Operación Manos a la Obra. El paso del capitalismo agrario al industrial, la creación de un nuevo orden jurídico gubernamental (ELA), el urbanismo y los nuevos valores de la individualidad y la riqueza no fueron interpretados por él como una amenaza a la esencia nacional, sino como una forma de su expresión que aseguraba bienestar y libertad para todos. Como señala Néstor, Ríos Rey no es, en este sentido, un tradicionalista sino un moderno y la mirada al pasado, el reconocimiento de lo tenido, lo perdido y lo modificado no se realiza con nostalgia reaccionaria, sino como búsqueda de la esencia que existe, queda y triunfa sobre las adversidades y las transformaciones del mundo material. Porque el espíritu de pueblo que pinta Ríos Rey no es algo estático o impotente, sino impulso vital hacia el Progreso. En él, sin ser totalmente ciego a la explotación y la desigualdad, predominó la creencia de que las fuerzas del capital y del trabajo podían reconciliarse en un proyecto histórico compartido. Quizás le faltó a nuestro muralista un poco más de cautela, una actitud de sospecha frente a las fantasías del desarrollo pero aquí, coincido totalmente con Néstor cuando señala:

“Podríamos decir que Ríos Rey pintó la pobreza si subrayarla; sin querer transformarla en una protesta social. La parte más enérgica de su producción artística ocurrió en tiempos de considerable optimismo social y gubernamental, lo

que dio a su obra el color y la alegría correspondientes a un camino hacia una vida mejor.”(p. 56)

Con la consolidación de su dominio político en las elecciones de 1944, el final de la II Guerra Mundial y el despegue económico del capitalismo norteamericano, el Partido Popular Democrático inició un proyecto histórico que significó, en el plano económico, la industrialización del país mediante la iniciativa llamada Manos a la Obra; en el plano político, la transformación político-administrativa del orden colonial, mediante la ley del gobernador electivo y la creación del Estado Libre Asociado y en el plano cultural, una política de occidentalización, que tuvo su bastión en la llamada casa de estudios universitaria, y un programa de organización-definición de una identidad oficial, que tuvo entre sus centros al Instituto de Cultura Puertorriqueño y al Departamento de Instrucción. La visión de lo nacional de Río Rey, como señala Néstor, se ajustó cómodamente al proyecto oficial de definición nacional y aportó en esta dirección trabajos significativos. No obstante, si algo me parece valioso en la lectura que hace Néstor de la obra de Ríos Rey es que el reconocimiento de las condiciones histórico-sociales que condicionan la vida y la obra de un artista y la deconstrucción de su discurso artístico para relacionarlo con la cultura oficial, no devalúan la genialidad creativa del pintor y el goce que se experimenta al contemplar sus trabajos.

Para concluir permítanme apoyarme del cierre que hace Néstor en su trabajo. El autor llama nuestra atención para que afiancemos nuestra identidad en el espacio o la naturaleza, nos exige un retorno al amor a la tierra. La verdadera esencia de lo puertorriqueño, nos dice Néstor, surge de “su relieve geográfico y la naturaleza autóctona que la cubre”. ... “Es la Isla entera la que debe ser elevada al estandarte de la identidad nacional”. Su reclamo de territorializar la identidad, como defensa de la naturaleza, me

parece acertada, pero incompleta y me permito añadir dos elementos que la complementan.

Por un lado, hay que tener presente que esa comunidad imaginada que llamamos puertorriqueños vive y se desvive también más allá del espacio insular, en ese ir y venir que Luis Rafael Sánchez llama “la nación flotante entre dos puertos de contrabandear esperanzas”. Desde este contexto histórico, la nacionalidad se me presenta como una comunidad que vive una nueva realidad desterritorializada y pluricultural y es importante aquí destacar que el deseo es tan fundamental, o más indispensable, que el terreno.

Por otro lado, hay que pensar que la identidad, además de fundamentarse en un territorio debe afianzarse en un proyecto de convivencialidad social. Este país, con la patología propia de un cuerpo en guerra civil, parece necesitar urgentemente un refuerzo del sentido de solidaridad y un cultivo profundo de valores como la tolerancia y el respeto a las diferencias. Quizás, y digo quizás porque este es un punto para polemizar, necesitamos tener presente, hoy más que nunca, que el futuro posible de una nacionalidad está en afirmar su identidad, más como ideal o aspiración que como logro. Es decir, que hay que dejar de pensar la puertorriqueñidad como algo “ya dado” y reconocerla como aquello que debe ser reconstruido con el poder de nuestra imaginación y nuestras acciones. No hay mayor peligro para una idea de comunidad nacional que la realidad brutal de la desigualdad asumida con indiferencia o legitimada como un proceso de evolución natural. La existencia de un pueblo no está sólo en su pasado o su presente, sino en la fuerza y el optimismo con que asume, política y culturalmente, un proyecto de bienestar justo y equitativo para todos. Si la desigualdad y la intolerancia nos arrojan, no habrá delirio identitario que nos proteja.

En estos días, en que me siento cada vez más distante de tanto patriotismo desgastado, en que trato de desidentificarme para mirar en la pluralidad de lo innombrable y la irreductibilidad de la vida personal y colectiva, leyendo a Néstor, me descubro todavía apegado a la utopía nacional: pero a la mía, a la que sueño, contra todo y contra todos, con los caprichos de mi deseo, como una nación de hombres libres e iguales. Es mi condena, y la asumo con gratitud. Es: el amor callado que Pepe Juan y Wilfredo me han legado.